

**BONETE PERALES, Enrique: *Ética de la guerra. Evolución histórica y debates actuales*, Tecnos, Madrid, 2024, 277 pp.**

El libro que reseño a continuación constituye una importante aportación al análisis filosófico del fenómeno bélico, una problemática en la que las reflexiones jurídicas, políticas y éticas se entrelazan generando debates y propuestas que impactan de forma muy significativa en nuestras sociedades democráticas.

Lo primero que destacaría del escrito de Enrique Bonete, catedrático de Filosofía moral de la Universidad de Salamanca, es que combina de manera magistral el tratamiento de las principales problemáticas éticas en torno a las guerras, tanto pasadas como presentes, con una exposición clara y precisa que facilita la tarea del lector.

El autor, amplio conocedor de la obra de grandes pensadores como Miguel de Unamuno, Isaiah Berlin, López Aranguren, Álvarez Turienzo, Julián Marías o Ferrater Mora, entre otros, ha publicado múltiples libros y artículos sobre tánato-ética, neuroética, ética política, ética de la sexualidad, ética de la comunicación audiovisual o ética de la dependencia, por señalar solo algunos de los temas abordados por este prolífico filósofo. Ahora, se ha detenido en el estudio crítico del fenómeno bélico para presentarnos los principios éticos destinados a orientar las conductas morales en los conflictos armados.

Pero, antes de exponer algunas críticas y sugerencias sobre el contenido de *Ética de la guerra*, voy a iniciar la crítica bibliográfica destacando varios rasgos formales del libro que, a mi juicio, poseen una originalidad especialmente llamativa. Me refiero a los tres siguientes:

El primero es el diseño de la cubierta, un trabajo realizado por Miguel Uriarte. En ella aparece la figura de un soldado con casco y ametralladora ligera que descansa sentado sobre una roca en la misma posición adoptada por *El pensador*, la famosa escultura de Auguste Rodin. Esa imagen se vislumbra sobre un fondo negro en el que resalta el título con las letras blancas y la palabra «guerra», la única tintada en rojo, el color de la sangre. Todo ello, probablemente, esté relacionado con el objetivo del libro, que no es otro que el de filosofar sobre la guerra.

El segundo rasgo de singularidad lo percibo en la forma en que el profesor Bonete conecta los distintos capítulos. El autor no solo ha acudido al típico criterio histórico, sino que lo ha completado haciendo referencias a las partes que componen los elementos esenciales de un árbol: semilla, raíz, tallo, tronco y ramas, una idea con la que ha pretendido reflejar la inescindible relación entre las primeras aproximaciones filosóficas a esta materia y la continuidad de muchas de las mismas a lo largo de la historia del pensamiento moral.

Y, la tercera y última particularidad formal del libro, la advierto en el modo de presentar el debate ético actual sobre los conflictos bélicos. La originalidad en este caso es doble. Por una parte, el autor ha optado por transmitirnos las teorías de tres de los principales filósofos políticos del siglo xx, John Rawls, Ernst Tugendhat y Michael Walzer, utilizando el género periodístico de la entrevista. Y, por otra, esto es lo más curioso, estas conversaciones nunca tuvieron lugar, según aclara el profesor Bonete, quien, además, detalla las opiniones de estos tres afamados pensadores remitiendo-

nos a los documentos de los que ha tomado esas ideas. Lo curioso es que están tan bien hiladas las preguntas y las respuestas que, si alguien no hubiera visto la aclaración contenida al inicio del capítulo IX, acabaría por creer que tales diálogos realmente tuvieron lugar entre el autor y los tres filósofos. De esta forma, utilizando esas entrevistas, el lector se encuentra con estas conversaciones ficticias que aligeran, en cierta medida, el análisis de la materia, sin que por ello se pierda el rigor que el autor mantiene a lo largo de toda la exposición.

Pero lo más importante de una crítica bibliográfica es, sin duda, el análisis del contenido del libro, del que habría que destacar muchos aspectos positivos junto a alguna sugerencia menor dirigida al autor.

*Ética de la guerra* se inicia con una breve introducción titulada «La necesaria ética de la guerra», en la que el profesor Bonete comienza su exposición manifestando su absoluta oposición a la guerra ofensiva iniciada por Rusia contra Ucrania. Igualmente, denuncia tanto los injustificables asesinatos y la captura de rehenes realizados por los integrantes de Hamás contra ciudadanos israelíes, como la desproporcionada respuesta del Gobierno de Benjamín Netanyahu invadiendo y arrasando la franja de Gaza y la vida de miles de no combatientes, dos lamentables ejemplos de agresiones que vulneran los principios éticos y jurídicos más relevantes del Derecho Internacional actual.

En el primer capítulo, Bonete comenta la conocida sentencia pronunciada hace ya muchos años por el general William Sherman, *la guerra es el infierno*, y la de Karl von Clausewitz, *la guerra es la continuación de la política por otros medios*. A partir de las interpretaciones que realiza sobre estas concepciones, el autor justifica su propia reflexión ética situando su posición doctrinal entre el planteamiento defendido por el pacifismo idealista, al que califica como una teoría ineficaz para impedir los conflictos armados en cualquiera de sus manifestaciones, y el preconizado por el belicismo realista, cuyo ideario bien podría resumirse en el aforismo «el fin justifica los medios», cualesquiera que estos sean y sin ninguna crítica moral de los mismos.

Después de estas consideraciones iniciales, se proyectan ocho capítulos más en los que el autor nos presenta una selección de las reflexiones éticas sobre la guerra realizadas por los más relevantes filósofos políticos, desde Platón, Aristóteles, Cicerón, Agustín de Hipona, Juan de Salisbury, Tomás de Aquino, Maquiavelo, Erasmo, Moro, Vives, Vitoria, Suárez, Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Hegel, Nietzsche, Russell, Arendt, Bobbio, Rawls, Tugendhat hasta Walzer.

Comparada la obra del profesor Bonete con la de uno de los autores actuales referentes en esta materia, el ya citado Michael Walzer, o con otros más recientes, como Alex J. Bellamy, M. W. Doyle, Brian Orend o Roger Campione, filósofos que también han abordado la teoría de la guerra desde la perspectiva diacrónica, resulta muy difícil encontrar alguna ausencia significativa en el elenco de pensadores a los que alude nuestro autor. Curiosamente, en cada uno de los periodos históricos estudiados, capítulos II a IX inclusive, desde la Atenas y la Roma clásicas hasta el pasado siglo XX, Bonete elige las posiciones doctrinales de, siempre, tres significativos filósofos de cada etapa, condensando el pensamiento de todos ellos en, aproximadamente, unas doscientas páginas, lo cual supone un esfuerzo de síntesis muy considerable.

Se podrían acentuar muchas de las reflexiones realizadas por este nutrido grupo de pensadores, pero, evidentemente, resulta muy difícil elegir cuáles

han sido las más trascendentes en la historia del pensamiento ético. No obstante, voy a referirme a las que me han parecido especialmente relevantes siguiendo el orden establecido por el autor.

Bonete inicia su recorrido deteniéndose, entre muchas otras, en las reflexiones de Platón sobre la violencia y la guerra mostrando su oposición a los gobiernos tiránicos y a los asesinatos perpetrados por los vencedores contra los vencidos tras finalizar la contienda. Igualmente, son muy importantes los innumerables ejemplos citados por nuestro autor en los que expone las influencias de la filosofía de Aristóteles y de Cicerón en las doctrinas de relevantes teólogos y juristas medievales y modernos.

No podemos obviar las dudas planteadas por Agustín de Hipona sobre la posibilidad de hablar de guerras justas –un tema de largo recorrido–, las diferencias entre el comportamiento de un príncipe y un tirano estudiadas por Juan de Salisbury, o los requisitos para justificar la guerra establecidos por Tomás de Aquino en el siglo XIII. Las palabras entresacadas por Bonete de los escritos de Nicolás Maquiavelo son también muy interesantes porque nos recuerda las apreciaciones éticas del pensador italiano sobre el modo de actuar de los militares, algo que puede resultarnos llamativo por no casar muy bien con el ideario de uno de los autores prototipos de la teoría del realismo político.

Considero también esenciales las ideas de Erasmo de Róterdam sobre el sinsentido de calificar de «justa» cualquier guerra, o sobre la imperiosa necesidad de que se exprese el consentimiento del pueblo para legitimar el poder político, junto a la imprescindible búsqueda de una paz duradera tras finalizar el conflicto, materia que tiempo después será tratada por Kant. El autor dedica especial atención a mostrar las conexiones doctrinales entre Vives, Erasmo y Francisco de Vitoria. De este último señala sus críticas al comportamiento de algunos españoles en las tierras recién conquistadas y la firmeza del dominico en defender que sean la ética y el derecho quienes regulen la guerra haciendo alusión a sus causas, a sus límites, etcétera, cuestiones todas ellas que fueron reflejadas, en buena medida, en las primeras legislaciones sobre las Indias. Relacionado con estos autores está también el pensamiento del jesuita Francisco Suárez, del que cabe destacar su particular concepción de las guerras defensivas y la admisión, en ciertas situaciones, de las ofensivas, así como la trascendente aseveración de la ilicitud absoluta de matar a seres inocentes de forma directa.

Al analizar las reflexiones de Thomas Hobbes en torno a la conflictividad humana y la guerra, Bonete nos recuerda el rechazo del filósofo inglés a la admisión de la búsqueda de gloria de los reyes como causa legitimadora de la guerra. Sobre el pensamiento del filósofo liberal John Locke, Bonete subraya su oposición a las guerras de conquista, ejemplo de las nefastas consecuencias a las que conduce el afán de posesión de riquezas, considerado el origen de la maldad y de la violencia humana. De Rousseau se podrían subrayar sus ideas sobre la añoranza de la bondad natural de los seres humanos y su crítica a la sociedad y a la propiedad, sin olvidarnos de su defensa de la ilegitimidad del uso de la violencia para alcanzar el poder político.

Sin duda, Immanuel Kant es uno de los grandes filósofos que ha aportado más reflexiones sobre la guerra, por esta razón, Bonete le dedica bastantes páginas dentro del recorrido histórico que nos ofrece. Recalcar del filósofo prusiano, como muy bien expone el autor, su ideario antibelicista, su oposición a la existencia de ejércitos permanentes, su crítica a las guerras de exterminio y su defensa de las constituciones republicanas como mode-

los políticos y normativos para potenciar la paz entre las naciones. Conocidas son las propuestas de Kant sobre los principios que deben regir el establecimiento de la paz tras cualquier conflicto armado, además de la idea de que la paz no debe construirse nunca sobre la venganza, sino que debe erigirse a partir del respeto de la autonomía y libertad de los vencidos, propuesta que se inserta también en su plan para crear una asociación de Estados que trabajen juntos en el objetivo utópico y real de garantizar, en el futuro, una paz definitiva.

De entre las aportaciones realizadas por Hegel a esta materia, Bonete recuerda la conformidad del filósofo alemán con Hobbes al defender que, debido a la inexistencia de una autoridad superior al poder estatal, las relaciones internacionales se encuentran aún en el estado de naturaleza. Otras de las afirmaciones notables de este filósofo son las relativas a los deberes morales que todos los individuos deben asumir ante la guerra. Sostiene que esas obligaciones implican el sacrificio de todos los bienes personales con el fin de salvaguardar el bien colectivo, que no es otro que la defensa de la independencia del Estado, sean cuales sean sus consecuencias.

Reconociendo la complejidad de la filosofía de Nietzsche, también presente en esta materia, Bonete expone la crítica de este autor al concepto de legítima defensa y sus poco conocidos comentarios sobre las pautas morales destinadas a valorar los comportamientos humanos en los conflictos armados.

Especialmente sugestiva es la lectura del capítulo VIII dedicado a tres reconocidos pensadores del siglo XX, Bertrand Russell, Hannah Arendt y Norberto Bobbio. La denuncia de las atrocidades cometidas en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, las consecuencias del uso del arma nuclear en Hiroshima y Nagasaki, las críticas a las guerras coloniales, la necesidad imperiosa de constituir Tribunales de Justicia que persigan de forma eficaz los delitos cometidos durante los conflictos armados, la responsabilidad moral individual de los soldados de países democráticos ante órdenes militares que implican la muerte deliberada de inocentes, con especial referencia a lo ocurrido en la Guerra de Vietnam, la conexión de los derechos humanos con la democracia o la paz y el desarrollo del derecho internacional son algunos de los principales asuntos analizados de forma sintética por nuestro autor a partir de las reflexiones de los tres autores antes mencionados.

Como ya indiqué antes, el capítulo IX dedicado al pensamiento político actual ha sido desarrollado por el profesor Bonete utilizando entrevistas ficticias a algunos de los más eminentes filósofos políticos más cercanos en el tiempo, como son John Rawls, Ernst Tugendhat y Michael Walzer.

Al referirse al pensamiento de Tugendhat, Bonete resalta la oposición del filósofo alemán a la concentración de poderes económicos y militares, al concluir que ese fenómeno ha ido provocando un asfixiante control social que ha mermado el ejercicio de los derechos de los ciudadanos. Igualmente, recuerda la importancia otorgada a la dignidad humana como fundamento clave para enjuiciar la legitimidad de cualquier poder político.

La exposición de las reflexiones sobre las teorías de la guerra de John Rawls y de Michael Walzer discurren de forma casi paralela, dado, además, que el primero de ellos reconoce que su pensamiento sobre estas materias está claramente influido por el de Walzer. No obstante, son interesantes los matices de cada uno de ellos al presentar sus análisis sobre la llamada emergencia suprema y la doctrina del doble efecto, la valoración de las tesis utilitaristas en estas situaciones, las intervenciones humanitarias y sus límites, los principios

de proporcionalidad y de distinción entre combatientes y no combatientes, o las responsabilidades individuales en las acciones vinculadas con el *ius in bello*. Son algunos de los temas en los que la argumentación llevada a cabo por estos dos eminentes intelectuales revela la dificultad existente a la hora de justificar moralmente el comportamiento en cualquier conflicto bélico. Particularmente interesante es la respuesta de Walzer sobre la pertinencia de calificar de «justa» a una guerra, expresión utilizada muchas veces por él y que matiza en sus últimos escritos alegando que la misma puede ser entendida, bien, desde la acepción laxa del adjetivo «justa», es decir, como sinónimo de necesaria o defendible, o bien, utilizando la idea de justicia en sentido fuerte, en cuyo caso, prosigue el filósofo estadounidense, la justicia desaparece desde el primer instante en el que se inicia la guerra, por lo que, concluye, no tendría ningún sentido hablar de guerras justas o injustas.

Finalmente, el profesor Bonete ha dedicado el capítulo X a exponer su propuesta sobre una Ética de la guerra. Para llevarla a cabo, estructura la misma en tres apartados: *ethica ad bellum*, *ethica in bello* y *ethica post bellum*, y sitúa en cada uno de ellos dos principios éticos regulativos y críticos. En el primero de esos apartados ubica los principios de defensa y solidaridad, en el segundo, los principios de protección y humanidad y, en el último, los de responsabilidad y reparación.

Después de haberle dedicado muchos comentarios positivos al libro escrito por el profesor Bonete, y, para finalizar la crítica bibliográfica, me gustaría exponer algunas sugerencias al trabajo.

En primer lugar, y enlazando con ese capítulo final titulado *Esbozo de una Ética de la guerra*, sugeriría al autor, y a tiempo está de hacerlo en próximos escritos, que nos ofreciera más reflexiones y propuestas éticas como las que nos plantea de forma muy concentrada. Puesto que los asuntos referidos a lo largo del texto han generado tantas controversias doctrinales y han desencadenado importantes respuestas políticas y sociales, todos ellos requieren un tratamiento más amplio desde la perspectiva ética defendida por el profesor Bonete. Temáticas tan interesantes como su crítica a la tesis publicada por Habermas sobre la guerra en Ucrania, las dificultades y los límites de la legítima defensa, el debate en torno a las llamadas intervenciones humanitarias y al nuevo concepto de la responsabilidad de proteger, las dificultades teóricas y prácticas para justificar el daño colateral a los inocentes, la distinción entre «agentes» y «pacientes» de las acciones bélicas, las alusiones a la responsabilidad individual planteadas por Hans Kelsen antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial o el desarrollo de los Tribunales internacionales para la persecución y el castigo de los delitos cometidos durante los conflictos armados, deberían ser analizadas con más detenimiento por el autor en el futuro. Ese, al menos, es mi deseo.

En segundo lugar, esta es una crítica menor, la utilización de las distinciones *ad bellum*, *in bello* y *post bellum*, que aparecen a lo largo de todo el libro, me resulta muy reiterativa. Se trata de una clasificación adoptada por muchos filósofos, pero habría que buscar otras fórmulas para hacer referencia a ellas.

Y, en tercer lugar, soy plenamente consciente de la imposibilidad de citar a todos los pensadores que en la actualidad debaten acerca de la legitimidad de la guerra, la defensa de la paz, el papel de la ética y del derecho, la vulnerabilidad de las instituciones internacionales o la influencia de los «poderes salvajes», pero considero que, por ejemplo, las aportaciones del profesor Luigi Ferrajoli a estos temas habrían resultado muy pertinentes.

Por último, al finalizar esta crítica bibliográfica, no dejan de sorprenderme, como espero que a muchos de ustedes, las palabras, los gestos y los comportamientos de algunos de nuestros dirigentes democráticos ante las guerras en curso. Día tras día, asistimos expectantes e incrédulos al nuevo orden mundial en el que quienes gobiernan nuestro planeta defienden unos principios y unas reglas para alcanzar una «paz justa» construida, como hacía tiempo que no veíamos, sobre la humillación y el inmenso sufrimiento de los vencidos. No sé con certeza si en la historia de la humanidad habrá habido algún año, lustro o década en el que no se hayan producido conflictos armados, me temo que los periodos de paz han sido una excepción. Pero más allá de esa cuestión, lo que constituye un reto innegociable es que la reflexión filosófica sobre la prohibición de la guerra, el debate en torno a las medidas jurídicas y económicas tendentes a construir un mundo más seguro y justo, o las críticas y propuestas positivas del papel que las instituciones internacionales deben desempeñar para el mantenimiento y la consecución de relaciones pacíficas entre los Estados sigue siendo una tarea esencial para hacer disminuir esa maldición que nos acompaña desde el inicio de la humanidad y que revela la brutalidad de nuestra especie.

José María GARRÁN MARTÍNEZ  
Universidad de Salamanca